

anhelo increíble las sutilezas y equívocos; se aplicaron á todos los dogmas, á todas las verdades de la teología; y por último, las escuelas christianas destinadas para el estudio de religion, se hicieron una especie de palestras, á las que no se baxaba mas que con el fin de señalarse por el ingenio, de obscurecer las cosas mas claras, y de apoyar las mas falsas baxo de apariencia de verdad."

De todo lo que se acaba de leer se puede inferir que en este siglo se agitó mucho el entendimiento humano, sin que la razon hiciese grandes progresos; que los literatos, los filósofos y los teólogos tuvieron sutileza sin ideas profundas, resplandor sin luz durable, esfuerzo y emulacion sin extender la esfera de la instruccion, y que con mucho trabajo lograron muy poco adelantamiento, porque casi todos se engañaron en la eleccion de los medios, que era preciso emplear en el rumbo que convenia tomar, y aun en la naturaleza de las ciencias, que fueron el objeto de sus desvelos.

## ARTICULO V.

*Estado del christianismo en todas las regiones del mundo.*

El christianismo se halló poco mas ó ménos en este siglo, gobernando los emperadores griegos, en el mismo estado en que lo hemos visto en el siglo antecedente. La Iglesia estuvo expuesta á las mismas mudanzas que el imperio: próspera y triunfante quando las armas de los príncipes christianos reducian baxo sus leyes provincias y ciudades de que se habian apoderado los sarracenos: affligida y humillada quando los exércitos mahometanos empezaban de nuevo sus desolaciones, y volvian á entrar en posesion de sus antiguas conquistas, ó añadian á ellas otras nuevas. Por esto, en las comarcas expuestas á los acasos de la guerra, y á la suerte diaria de las armas, dependia la situacion de los obispos, del clero, de los monasterios y de los fieles de la victoria que ya los príncipes christianos, ya los musulmanes alcanzaban. Esta alternativa de prosperidad y de abatimiento duró hasta cerca del fin de este siglo. Entónces las guerras sagradas, por cuya causa pasaron al Asia la mayor parte de los valientes de la Eu-

ropa, dieron motivo á nuevo órden en las cosas, y mudaron enteramente el semblante de los negocios, tanto respecto de la religion, como de la política; pero esto será asunto para un artículo separado.

Hasta entónces se vió la iglesia griega gobernada por el mismo plan, y animada del mismo espíritu que en el tiempo pasado. Asimismo reynaban muy poco las buenas costumbres y la sólida piedad, tanto entre los grandes, como entre el pueblo, sobre todo en la capital; pero al mismo tiempo tenia el exterior de la religion, así como ántes, mas esplendor y pompa que en ningun parage del mundo. Las ceremonias públicas se celebraban con un aparato y magnificencia que no tenían en otra parte; eran verdaderos espectáculos. Los emperadores no podian hacer cosa mas agradable al pueblo que emplear parte de sus rentas en fiestas religiosas, en procesiones solemnes, en arcos triunfales á honra de los santos, cuyas reliquias se llevaban en ellas. El mismo pueblo parece que se olvidaba de su miseria y del peso de los impuestos públicos con que se le oprimia quando veia á los ministros, á los señores, y aun á los soberanos hacer ostentacion en estas piadosas funciones de las riquezas que se le usurpaban con tantas cargas y derechos multiplicados. Estas procesiones en que se veia brillar todo quanto luxo y las artes podian inventar mas á propósito para suspender la atencion, no tenían por lo regular otro motivo que el de divertir la corte y el pueblo. Habíalas establecidas en ciertos dias y en ciertas festividades que se repetian todos los años con la solemnidad que correspondia. Otras, por último, tenían por motivo de las calamidades públicas, como peste, sequedad y terremotos. Estas últimas, aunque con aparato ménos pomposo, no dexaban de tener tambien su magnificencia. Una hubo de esta especie en el reynado de Miguel Patagonio. Sacóse en ella la imagen milagrosa de Edesa, de que ya hemos hablado, la carta que se decia escrita por Jesu-christo al rey Abgar, y las mantillas sagradas del Salvador: los hermanos del emperador llevaban estos objetos de la veneracion pública.

El clero envilecido por el despotismo, estaba en una dependencia servil respecto de la corte. Los emperadores levantados casi todos del polvo de la tierra, y colocados en el trono por un capricho de la fortuna, exercian una



autoridad arbitraria, tanto en el órden eclesiástico, como en el civil. Hacian y deshacian á su gusto patriarcas y obispos; disponian de las iglesias, y echaban á los prelados que les habian dado algun disgusto para poner en su lugar hombres, cuya condescendencia era igual á su cabeza. Este derecho que los príncipes se habian adjudicado de ensalzar á las prelacías y de deponer de ellas con voluntad absoluta, habia llenado las mas de las sillas de sujetos ignorantes, viciosos, y de consiguiente incapaces de instruir y de edificar el rebaño que se les confiaba. Por un efecto de este abuso eran mal gobernadas las iglesias, y los fieles poco instruidos en los dogmas de la religion. Los sectarios que estaban repartidos por todas partes tomaban motivo de esto para menospreciar á los pastores católicos, y este menosprecio los confirmaba en la persuasion en que estaban de que su doctrina era la de la verdad.

Pero no paraba en esto el ódio de los hereges, de que estaba lleno el Oriente; incitaban con frecuencia á los príncipes musulmanes á que persiguiesen á los melquitas; favorecian sus empresas, y aun se juntaban con ellos en los asedios y en los combates, mirando como amigos á todos los que hacian daño á los católicos. Por instigacion suya encendió el sultan Hakem, señor de la Palestina, una violenta persecucion contra los christianos, arruinó sus iglesias, y exerció las mayores crueldades en clérigos y legos, lo que obligó á muchas personas de todos estados mal arraigados en la fe á que se hiciesen mahometanos. Durante esta tempestad, la iglesia del santo Sepulcro, objeto de veneracion y de piedad para todas las naciones christianas, fué demolida y profanada: suceso mas sensible para los fieles de Jesu-christo, que quantas ignominias tenian continuamente que sufrir de los infieles.

Por lo demas ninguna nueva heregía turbó á la iglesia griega. El único suceso que la agitó fué su rompimiento con la iglesia latina, causado por la ambicion é intrepidez del patriarca Miguel Cerulario; pero de este asunto daremos noticia con la atencion que merece en un articulo en que expresaremos sus principales circunstancias.

A pesar de los alborotos civiles que hacia á toda la Francia un dilatado teatro de guerras y de disensiones, estaba allí mas floreciente, y se conservaba mas pura la religion que en ninguna otra parte del Occidente. El rey

Roberto, que mereció el sobrenombre de Pio, fué tan liberal con las iglesias, como exemplar en su conducta particular. Su caridad con los pobres casi no tenia límites, manteniendo cada dia 300 lo ménos, y algunas veces hasta 1000. Creese que la costumbre de lavar los reyes los pies á 12 pobres el juéves santo, y de servirles á la mesa, viene desde este príncipe, tan bienhechor con los miembros pacientes de Jesu-christo. Ayudó con todo su poder á los obispos y abades que emprendieron la reforma del clero y de los monges. Sus buenas obras en todo género eran innumerables, y es difícil comprehender cómo pudiese satisfacer á tantos gastos, motivados únicamente de la piedad, con una renta tan escasa como la que tenia; porque los reyes de Francia estaban entónces ceñidos á lo que sacaban de sus fondos hereditarios.

En tiempo de este príncipe sucedió una cosa que causó mucho estrépito en Francia y en algunos otros países de la Europa. Una muger artificiosa y corrompida habia venido á Orleans, y con su hipocresía encontró modo de reducir un crecido número de gentes. La doctrina que enseñaba era en lo principal la de los antiguos maniqueos, modificada con algunos desvarios sin invencion. La secta que empezaba á formarse, se iba haciendo cada dia mas numerosa, y entre los principales de sus prosélitos habia dos eclesiásticos, que hasta entónces habian gozado de mucha reputacion de sabiduría y de virtud; el uno se llamaba Esteban, que habia sido confesor de la reyna Constanza, y el otro Lisoyo, canónigo de la iglesia de Orleans. Roberto y Constanza, con un crecido número de obispos, pasaron á Orleans para dar fin á este error con el concurso de ambas potestades. Estos hereges, obstinados en sus opiniones, convencidos por las blasfemias que profirieron en presencia de los prelados y de la corte contra los misterios mas respetables de la fe, y contra el mismo Jesu-christo, y acusados ademas de cometer las mas enormes abominaciones en sus conventículos nocturnos, fueron condenados al fuego. Algunos de sus secuaces habian penetrado hasta la capital del condado de Artois, en donde trabajaban en reparar, adquiriendo nuevos discípulos, la pérdida que acababan de tener con el castigo de sus hermanos. Gerardo, obispo de Cambrai, prefirió los medios de afabilidad y de persuasion á las amenazas y al aparato de los tormentos,



y tuvo la fortuna de que le surtiesen bien estos medios tan conformes al espíritu del Evangelio; y despues de haberlos instruido en la verdadera doctrina de la Iglesia, acerca de los puntos en que no estaban de acuerdo, los obligó á hacer una abjuracion pública de sus errores. Desde el año 1025 hasta el tiempo de los valdenses no se oyó hablar mas de esta secta impura y sacrílega. En España las discordias de los moros, y lo que los príncipes christianos les conquistaban, redundaban en acrecentamiento del christianismo. Ocupábanse en reparar los males que estos infieles habian causado á la religion, y en reprimir los abusos que se habian introducido á la sombra de las turbaciones que una guerra casi continua habia mantenido. Unos príncipes instruidos y virtuosos, tales como Sancho el Mayor, Fernando I. y Alfonso VI., se aplicaron á reedificar las iglesias arruinadas, y los monasterios destruidos, á restablecer el culto divino en su antiguo esplendor, á reformar las casas religiosas en donde se habia introducido la relajacion, y á hacer florecer de nuevo la ciencia y la piedad. Este fué el objeto que tuvieron las juntas de obispos y señores, y de los reglamentos que se hicieron en ellas. Quando Alfonso VI. tomó la ciudad de Toledo á los sarracenos que la habian poseído 368 años, su primera diligencia fué levantar esta antigua iglesia de sus ruinas, y darle un pastor capaz de afirmar á los christianos en la fe, y de reducir á ella á los mahometanos. Sacólo de la abadía de Cluni, que era entónces la escuela mas famosa del mundo christiano (a). Este nuevo arzobispo, llamado Bernardo, se llevó consigo un crecido número de súbditos de singular mérito, que le ayudaron en sus trabajos, y que fueron despues ensalzados á las principales sillas de España. Eran franceses, y la instruccion que habian adquirido en los varios monasterios de donde se les sacó, contribuyó á la renovacion que se hizo hácia la mitad del siglo XI. en esta parte del Occidente. Entónces fué (dicen los eruditos AA. de la historia literaria de Francia tom. 7. pág. 158.) quan-

(a) No le sacó de Cluni, sino del monasterio célebre de Sahagun, de que era abad desde el Mayo de 1080, y su venida á España fué para introducir la observancia cluniacense, á solicitud de Don Sancho el Mayor, en los monasterios benedictinos de Leon, Navarra, Rioja y Castilla, san Juan de la Peña, Cayre, Hirache, Alvela, Oña, Cardena y Sahagun, y de este fué sacado, despues de seis años de abad, para arzobispo de Toledo.

do se estableció allí el oficio de la iglesia galicana, que era el romano, en lugar del muzárabe, y las letras ó caracteres franceses en vez de las góticas (a).

La iglesia de Inglaterra tuvo mucho que padecer con los dinamarqueses en las diferentes irrupciones que hicieron en esta isla; pero luego que concluyeron su conquista, no usó Canuto el Grande de su poder mas que para hacer olvidar los males de que en parte era él autor. San Elnoth, arzobispo de Cantorberi, que era su confidente, le dió sabios consejos, y le enseñó á reparar con sus buenas obras, sobre todo con su liberalidad con los pobres, con las iglesias y con los monasterios, los daños que les habia hecho su nacion durante la guerra. En el Reynado justo y moderado de san Eduardo el Confesor fué la religion christiana protegida todavia mas á cara descubierta. El exemplo del soberano era una exhortacion poderosa á la práctica de todas las virtudes christianas; pero hasta despues del establecimiento de Guillermo el Conquistador no se vio renacer el buen orden, ni recobrar el christianismo su antiguo esplendor. Con el fin de extirpar los abusos y de resucitar la piedad en el corazon de sus nuevos vasallos, traxo á su lado muchos varones célebres de sus estados del continente y de las otras comarcas de la Francia. Ayudado de su zelo y de su capacidad puso la religion en estado floreciente.

El clero mudó de conducta, y se instruyó en sus obligaciones; los vasallos poco aptos ó escandalosos fueron despojados de sus dignidades; puestas en su antiguo vigor las leyes eclesiásticas que se recopilaron de nuevo; y viendo en él señales continuas de confianza los varones virtuosos que lo habian ayudado, entre otros el piadoso y docto Lanfranco, arzobispo de Cantorberi, lo encontraron siempre dispuesto á aprovecharse de sus avisos para mayor bien de la Iglesia.

El christianismo continuaba haciendo progresos en Dinamarca, Noruega, Suecia y en los otros países del Norte. Príncipes religiosos y poseídos de zelo contribuyeron á extenderlo, protegiendo á los varones apostólicos que traba-

(a) La mudanza del rezo fué empeño de los papas, y habia empezado por Trapon, y tal vez el origen de la decadencia de nuestra literatura, por haber llegado á hacerse desconocido el carácter de los códices en que se hallaban los tesoros de las letras.



jaban en la conversion de los gentiles, y dando á sus vasallos exemplo de piedad sólida. Tales fueron en Dinamarca san Canuto, que si hizo guerra á los pueblos inmediatos, fué para reducirlos á la fe, y que despues de un reynado lleno de justicia y de gloria fué asesinado por unos sediciosos, y mereció ser venerado como mártir; en Noruega, Solaf, príncipe que no tuvo otro deseo que hacer reynar á Dios en sus estados, á quien los mágicos, especie de seductores demasiado comun en estos tiempos de ignorancia, de los quales habia emprendido limpiar el pais, hicieron perecer en secreto; y entre los esclavones, pueblo que habitaba de la otra parte del Elba, san Gotescalco, que con las virtudes de un christiano lleno de fervor juntaba el zelo de un apóstol por la propagacion de la fe, fué muerto por los infieles con muchos sacerdotes y muchos legos en odio de la religion que anunciaban.

Ya hemos visto á san Esteban, rey de Hungría, entregado á todo lo mas penoso y heroico que pueden dar de sí los trabajos del apostolado, por destruir las reliquias del gentilismo en sus estados, y establecer en ellos el reyno de Jesu-christo. Despues de su muerte cayó la Hungría en una horrible confusion por causa de las guerras civiles suscitadas por la ambicion de los grandes y el disgusto del pueblo. Los señores, cuyo fin era aprovecharse de estos alborotos para aumentar su poder, y exímirse de la autoridad real, permitieron al pueblo volver al culto de los ídolos, y vivir segun las antiguas costumbres que á pesar suyo habian dexado. Los húngaros, cuya ferocidad natural no habian tenido aun tiempo de amansarse con las máximas del christianismo, se aprovecharon de esta libertad para entregarse al mayor desenfreno que puede dar de sí la licencia, y á la barbaridad mas atroz. Asesinaron impiamente á todos los christianos; tanto clérigos como legos, abrasaron las iglesias, y descargaron su furia sobre todo lo que tenia la señal del christianismo. Estos estragos duraron hasta el reynado de Andres, que fué coronado el año 1047 por tres obispos que habian podido escapar de la matanza hecha en los christianos. Este príncipe renovó las leyes de san Esteban contra la idolatría, y tomó las mas prudentes providencias para el restablecimiento del christianismo en sus estados. Su constancia pudo conseguir el vencer todos los obstáculos que encontró de parte de

los grandes indóciles y del pueblo supersticioso. Desde este tiempo ha profesado siempre la Hungría la religion christiana.

La Bohemia, en donde la luz del Evangelio habia penetrado hacia algun tiempo, como ya lo hemos referido, no supo conservar este precioso beneficio. Poco á poco fué asomando otra vez la idolatría, y los pueblos abandonaron los altares del verdadero Dios. El hábito y la supersticion les hacian preferir las fiestas gentílicas, siempre acompañadas de bayles y de desórdenes, á la sencillez del nuevo culto que tenia ménos imperio sobre sus sentidos. La escasez de ministros instruidos y zelosos contribuyó tambien mucho á esta mudanza; pero nunca se conoció mas que en el reynado de Bretislaó II., que subió al trono el año 1093. Este príncipe, para contener los progresos de una desercion que la falta de castigo hacia casi general, expidió un edicto severo contra la idolatría.

Permaneció constante en la execucion de esta ley, é hizo castigar con rigor á todos los que se atrevieron á quebrantarla. Por otra parte templó esta extremada severidad con un genio afable, y un gobierno popular y benéfico. De este modo, conteniendo á unos con el temor, y ganando á otros con el agasajo, consiguió que dominase el christianismo en sus estados.

Despues de la muerte de Misceslao II., rey de Polonia, acaecida el año 1034, se habia hecho esta parte de la Europa una anarquía que no fué ménos perjudicial á la religion que á la sociedad civil. Una turba de tiranos de poco poder talaron lo interior del estado, que estuvo expuesto por todas partes á las correrías de sus vecinos. Misceslao no habia dexado mas que un hijo demasiado jóven para tomar las riendas del gobiernó. Su madre, llamada Riehsa, biznieta del emperador Oton el Grande, fué declarada gobernadora y tutora del príncipe; pero su dureza, su avaricia y sus cohechos enagénaron de ella á todos los polacos. Hubo un alboroto general, y la gobernadora se vió obligada á acogerse al emperador Conrado su pariente. A Casimiro, heredero del trono, se le envió á Francia á que se le educase como correspondia á su nacimiento, esperando coyunturas mas favorables. Sin embargo, la tiranía de los grandes y los desórdenes que eran resulta de ella, crecian cada dia mas, llegando á un ex-



ceso que ya no se podía aguantar. Las leyes carecían de vigor, porque no había en el estado una cabeza que las hiciese executar. El freno de la religion no contenía á nadie, y aun los principales de la nación se volvían públicamente al gentilismo que jamas habían dexado de corazón. En esta situación deplorable resolvieron los polacos tomar un rey capaz de remediar los males que les affligian. No encontraban otro que al jóven príncipe Casimiro, que pudiese libérrarlos de la opresion, y hacer revivir el christianismo casi abandonado; pero este príncipe había abrazado la vida monástica en la abadía de Cluni, y aun estaba ordenado de diácono. Los diputados de la nación fueron á buscarlo, suplicándole viniese á tomar posesion de una corona que le pertenecía por el derecho del nacimiento y por el voto general de la patria. El jóven príncipe respondió que ya no consistía en él, y que los dos vínculos con que se había ligado no podían disolverse de otro modo que con la autoridad pontificia. En fuerza de esta respuesta acudieron los diputados al papa, que era Benedicto IX. Su súplica pareció tan nueva y tan extraña, que dudó el pontífice si sus facultades se extendían á tanto; pero los polacos avivaron tanto sus instancias, y representaron con tanta fuerza las necesidades urgentes del estado y las de la religion, que el papa, despues de haber consultado muy bien sobre el partido que debía tomar en este asunto, se rindió á sus ruegos. Casimiro quedó libre de sus votos, y aun se le permitió casarse con la condicion de que cada caballero polaco pagase todos los años á la santa Sede un dinero de censo; y á esta especie de tributo se dió el nombre de dinero de san Pedro. Este suceso corresponde al año 1041. El reinado de Casimiro duró 18; pero no pudo afirmarse en el trono sino á fuerza de armas. El duque de Bohemia había invadido una parte del Reynado, y los grandes usurpado, durante la anarquía, los derechos de la soberanía. Como la causa de Casimiro era justa, la favoreció el cielo. Ayudado de la mayor parte de la nación y de aliados fieles, reduxo á su deber á los grandes. Este príncipe llevó al trono los afectos de piedad que había aprendido en el monasterio. Hizo reynar la justicia y la religion, y protegió á los prelados, alentó sus trabajos, y apoyó con su autoridad la de los pastores para hacer des-

vanecer en quanto fuese posible los efectos de la discordia, y reparar las desgracias que habían affligido á la Iglesia.

## ARTICULO VI.

*Consideraciones sobre la iglesia de Roma y sobre el carácter de alguno de sus pontífices en el siglo XI.*

Ahora volveremos á tomar el hilo de las reflexiones que comenzamos en el artículo VI. del siglo X., que tiene el mismo objeto, y que prometimos continuar aquí. Nuestro fin en nuestras consideraciones particulares sobre la iglesia de Roma y sobre el carácter de algunos de sus pontífices, es siempre apreciar con equidad, y reducir á la verdad lo que algunos críticos mal intencionados ó llenos de preocupacion han escrito sobre unos sucesos, cuyos motivos agrava la malignidad, despues que la parcialidad ha desfigurado su relacion. A las violentas agitaciones, cuyos vayvenes había experimentado Roma casi incesantemente en el siglo X., habían sucedido al fin la paz y la seguridad en el pontificado del célebre Silvestre II. No añadiremos nada á lo que hemos dicho tocante á las bellas prendas y á la conducta prudente, comedida, y en una palabra, verdaderamente apostólica de este grande hombre. Los tres papas que le sucedieron no ocuparon la cátedra de san Pedro mas que el espacio de seis años. El tercero, que había tomado el nombre de Sergio IV., fué recomendable por sus virtudes, y sobre todo por su liberalidad con los pobres. El fué, segun dicen, quien estableció una ley obligando á los papas á mudar de nombre al entrar á ocupar la silla de Roma. Juan Teofilito, obispo de Porto, hijo de Gregorio, conde de Túsculo, fué trasladado á la silla apostólica por la mas numerosa y mas sana porcion de los romanos. Sin embargo, el espíritu de faccion que continuaba fermentando sordamente en la ciudad, le dió por competidor á un tal Gregorio, que llegó á hacerse bastante poderoso para obligarlo á salir de Roma: el papa imploró el auxilio del piadoso emperador Henrique II., quien lo volvió á la capital del mundo christiano: disipó la parcialidad de su